

MARTÍ FRENTE AL DEPORTE: EL JUEGO CON EL JUEGO EN LAS ESCENAS NORTEAMERICANAS

Johan Huizinga puntualiza, en su ya clásico *Homo Ludens*, que todas las actividades humanas se advierten desde un principio afectadas por la noción del juego. El propio instrumento comunicativo que representa la lengua, afirma el pensador holandés, estriba en la acción de nombrar, o sea, de espiritualizar lo observable por medio de un proceso que él designa lúdico. Concluye: "Behind every abstract expression lie the boldest of metaphors, and every metaphor is a play upon words. Thus, in giving expression to life man creates a second, poetic world alongside the world of nature"¹ (p. 4). Esta fundamentación figuradamente juguetona del procedimiento expresivo guía de manera inexorable a apreciar el acto de la creación literaria como actividad vinculada al espíritu del juego. Huizinga sentencia que "*Poiesis... is a play function. It proceeds within the play-ground of the mind, in a world of its own which the mind creates for it*" (119)². Sin negar la *seriedad* endémica a la creación estética en general y a escritores como José Martí en particular, cabe sostener que —según Alazraki ha entre-

¹ "Tras toda expresión abstracta yace la metáfora más avezada, y cada metáfora constituye un juego de palabras. Por lo tanto, al darle expresión a la vida el hombre crea un mundo secundario y práctico junto al mundo natural".

² "La *poiesis...* es una función del juego. Opera dentro del área mental dedicada al juego, en un mundo suyo propio que la mente le consagra".

visto en varios textos de Cortázar— el narrador argentino, al concebir la literatura como juego, redescubre la potencialidad de un espíritu ineludible, caracterizador por lo menos de cierta faceta humana. Dicha tendencia lúdica endereza necesariamente la pluma del dialogante con esa *realidad* tan evasiva que Ehrmann discute en su consabido artículo sobre Huizinga, Caillois y Benveniste³.

En sus *Escenas norteamericanas*, el Martí grave, hondo, sentencioso, deviene no pocas veces comentarista de trivialidades y acontecimientos representativos de un país complicado que procura desmenuzar para los remotos lectores de *La Nación* bonaerense, *La Opinión Nacional* de Caracas, *El Partido Liberal* mexicano, o hasta para esos más próximos de *La América* neoyorkina, distanciados por su hispanidad del espacio en que habitan. Bien

³ Escribe Ehrmann: "We are criticizing these authors chiefly and most seriously for considering 'reality,' the 'real,' as a *given* component of the problem, as a referent needing no discussion, as a matter of course, neutral and objective. They define play in opposition to, on the basis of, or in relation to this so-called reality. As the criteria against which play is measured are external to it, its nature remains necessarily *second* in relation to the 'reality' that serves as its yardstick and is therefore 'primary'... But it is legitimate to wonder by what right 'reality' may be said to be *first*, existing prior to its components ... How could 'reality' serve as a *norm* and thereby guarantee *normality* even before having been tested and evaluated in and through its manifestations?" (33) ["Criticismos a estos autores esencial y más severamente por considerar la 'realidad,' lo 'real' como un componente dado del problema, como referente sobre el que, por ser neutral y objetivo, no cabe discusión de hecho. Definen el juego en oposición a, a base de, o en relación con esta llamada realidad. Como los criterios según los cuales se mide el juego le son externos, su naturaleza se mantiene necesariamente *secundaria* en lo tocante a la 'realidad' por medio de la que se mide y que resulta, por consiguiente, 'primaria'... Pero es legítimo preguntarse por qué derecho la 'realidad' debe advertirse como *primera*, como algo que ha existido antes que sus componentes... ¿Cómo puede la 'realidad' servir de norma y así garantizar la *normalidad* antes siquiera de haber sido examinada y evaluada en sus manifestaciones y a través de ellas?"].

conocidas resultan sus crónicas sobre el espectáculo circense de Buffalo Bill Cody, el matrimonio del presidente Grover Cleveland, el bandido Jesse James, la feria de ganado del Madison Square Garden, la pascua en los Estados Unidos, el terremoto de Charleston, la inundación de Johnstown, la construcción e inauguración del puente de Brooklyn. El lector halla también en sus cartas alusiones a las nuevas modas neoyorkinas, a las costumbres del día de San Valentín, a los hábitos de los estudiantes universitarios, a los bailes políticos, a las bodas en San Francisco de la rica heredera Teresa Fair, tan ostentosas que superaron las del famoso Sharon, "el que se [ponía] brillantes en los calzoncillos" (VIII, 108).

Entre tantas notas informativas de variado jaez figuran algunas tocantes a los deportes que iban popularizándose por entonces en una nación aún hoy muy dada a ellos. En efecto, a lo largo de las *Escenas norteamericanas* se perciben referencias al boxeo, al fútbol-rugby estadounidense, al beisbol, al andar maratónico, al *lawn tennis*, al badminton, a las regatas de yates y a otras actividades por el estilo. Esencialmente, cuando Martí se enfrenta con casi todos dichos deportes pone de manifiesto una actitud crítica que pudiera también identificarse como lúdica en un sentido dialéctico. El escritor cubano suele contemplar tales recreaciones ya bien como incomprensibles desperdicios de tiempo practicados por una clase pudiente cada día más desidiosa, ya bien como emblemas o metáforas de un sistema sociopolítico que, al incrementarse la fiebre imperialista, acentúa el culto al utilitarismo burdo, a la violencia, al poderío aplastante en menosprecio de las virtudes espirituales y artísticas que Martí constantemente ensalza. Mientras el prosista recorre de tal modo el panorama deportivo neoyorkino, va componiéndose un juego *sui generis*, una suerte de *agôn*⁴ o competencia individual

⁴ Empleo éste y otros términos de acuerdo con las definiciones que, ampliando ciertas nociones de Huizinga, para ellas propone

contra lo que éstos representan. Siguiendo el patrón vertiginoso del *ilinx* que define Caillois, fija reglas personales con el objetivo de producir en sus lectores —o indefensos compañeros de juego si se prefiere— ese “pánico voluptuoso” que, según el sociólogo francés, destruye la lucidez del jugador. No me propongo argüir que el mesurado, el certero, el astuto observador que fue siempre Martí se despiste alocadamente por momentos. Más bien pretendo subrayar que su radical compromiso antideportivo —el cual, en forma paradójica, lo acerca a teóricos como Caillois y Huizinga, quienes también se plantean un inevitable conflicto entre el juego y la seriedad— le impone un punto de vista distorsionador e inversivo, como el del contrapuntista empeñado siempre en superar a su rival o, mejor aún, como el del orador pequeño mas de potente voz que procura triunfar sobre un contrincante inmenso de cuerpo pero corto de luces y poseedor de muy delicadas cuerdas vocales.

Caillois en *El juego y los hombres* (*Les jeux et les hommes*). El estudioso francés clasifica el juego conforme a cuatro categorías primordiales. Cito por la versión inglesa del libro: “I am proposing a division into four main rubrics, depending upon whether, in the games under consideration, the role of competition, chance, simulation, or vertigo is dominant. I call these *agôn*, *alea*, *mimicry*, and *ilinx*, respectively. All four indeed belong to the domain of play. One plays football, billiards, or chess (*agôn*); roulette or a lottery (*alea*); pirate, Nero, or Hamlet (*mimicry*); or one produces in oneself, by a rapid whirling or falling movement, a state of dizziness and disorder (*ilinx*)” (*Man, Play and Games*, p. 12). [“Propongo una división en cuatro rubros fundamentales de acuerdo con el que en los juegos bajo consideración predomine la competencia, el azar, la simulación o el vértigo. Denomino estas categoría *agôn*, *alea*, *mimica* e *ilinx* respectivamente. Las cuatro pertenecen al dominio del juego. Uno juega al fútbol, al billar o al ajedrez (*agôn*); a la ruleta o a la lotería (*alea*); a los piratas, a Nerón o a Hamlet (*mimica*); o uno se autoproduce, mediante movimientos giratorios o caídas, un estado de mareo y desconcierto (*ilinx*)”].

Quizá el escrito martiano más conocido que se consagra íntegra o casi íntegramente al deporte sea una carta a *La Opinión Nacional* fechada en Nueva York, el 17 de febrero de 1882, y publicada en ese periódico venezolano el 4 de marzo de 1882. Aunque su contenido es variado, acostumbra denominársela de acuerdo con el primer acápite señalador del mismo, "Una pelea de premio", que constituye el modo en que Martí optó por traducir la frase inglesa "a prize fight". En la edición de textos martianos que preparara Philip Foner, se informa que la primera parte del texto enfoca el encuentro pugilístico en el cual "John L. Sullivan (1850-1918), known as the 'Boston Strong Man' (and the 'Great John') knocked out Paddy Ryan ('Giant of Troy') in the ninth round, February 7, 1882, for the heavyweight championship of the world"⁵ (177). Este *match*, celebrado a puño limpio y sin gran respeto por las reglas del Marqués de Queensberry, tuvo lugar en una población cercana a Nueva Orleans. Fundándose en las descripciones, dibujos y fotografías aparecidos en la prensa neoyorkina, Martí elabora un combate a brazo partido con el episodio en cuestión. Le permite a la escena intuida mostrar tan sólo su índole negativa para asestarle golpes retóricos por doquier, bajos tanto como francos, hasta noquearla contundentemente, hasta rendirla en el cuadrilátero de la página. Lo consigue hilvanando una serie de imágenes y formulando un sinnúmero de juicios que ponen claramente de manifiesto la brutalidad del boxeo, el cruel primitivismo de los espectadores, la naturaleza insensible y proclive a la violencia del país que tolera en sus confines la existencia de semejante deporte.

⁵ El 7 de febrero del 1882, "John L. Sullivan (1850-1918), conocido como el 'Hombre Fuerte de Boston' (y el 'Gran John') derribó a Paddy Ryan ('Gigante de Troya') en el noveno asalto de la pelea por el campeonato de pesos completos del mundo".

Desde un principio, el escritor revela la inflexibilidad de su enjuiciamiento: "Vuela la pluma, como ala; cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura y de nobleza" (VI, 129). La tópica antítesis martiana entre ala y tierra o escombros, entre lo sublime y lo bajo⁶, centellea como *jab* amenazador que anuncia al torpe y tácito contendiente una rapidez contra la cual se le hará imposible luchar. El criterio lo complementa una como síntesis periodística, como esbozo de todo lo que luego se va a pintar y a censurar en el sentido más lato:

Aquí los hombres se embisten como toros, apuestan a la fuerza de su testuz, se muerden y se desgarran en la pelea, y van cubiertos de sangre, despobladas las encías, magulladas las frentes, descarnados los nudos de las manos, bamboleando y cayendo, a recibir entre la turba que vocea y echa al aire los sombreros, y se abalanza en su torno, y les aclama, el saco de monedas que acaban de ganar en el combate. En tanto el competidor, rotas las vértebras, yace exánime en brazos de sus guardas, y manos de mujer tejen ramos de flores que van a perfumar la alcoba concurrida de los ruines rufianes (VI, 129).

⁶ En su *Símbolo y color en la poesía de José Martí*, Ivan Schulman ha dedicado páginas esclarecedoras a lo que nombra "doble estructura espacial simbólica", consistente en "símbolos de elevación: monte, águila, ala, luz, estrella, antorcha, copa, oro, sintetizados dentro de una estructura compuesta o en contraste con otros símbolos de profundidad, tales como abismo, buitre, yugo, carbón, uña, cerdo, antro y fango" (82). Apunta el crítico: "Expresada en lenguaje simbólico, la polaridad es la equivalencia estética de una convicción filosófica según la cual el mundo está compuesto de dualismos inherentes, que en su lucha por la preponderancia llegan a veces a reconciliarse a favor de elementos más nobles" (82-83). Cabe sostener que en la obra martiana los deportes suelen representar un símbolo de profundidad y que, dentro de las *Escenas norteamericanas* en particular, emblematizan un aspecto nefando del país anglosajón que los practica o tolera.

Este fragmento introductorio esclarece el menosprecio martiano por el boxeador, suerte de bestia, de Polifemo impensante que, además, se caracteriza por la bajeza, el vicio, la codicia de un Judas que traiciona por puñados de monedas su latente estirpe humana. "Bestias", (VI, 131) los llama, brutos magníficos (VI, 131) guiados por "segundos" [*seconds*] o "educadores" cuya misión es enseñarles "golpes excelentes" y prohibirles "excesos corporales" (VI, 131) para impedir que "por el beber o el mocear comprometa 'el hombre de pelea' la ganancia del que ha puesto 'el dinero a su espalda'" (VI, 131). Si los entrenadores se manifiestan como rémoras, como galleros interesados en el bienestar físico del animal de cuya destreza se benefician, peores aún parecen quienes, viviendo apartados cotidianamente del espectáculo, se acercan a él con la morbosidad y el afán de lucro inmediato del espectador. De tal ralea son las damiselas curiosas que los contemplan con halago, los periodistas que —censurando escuetamente la barbarie endémica en el espectáculo— dedican copiosas líneas a la descripción de los atletas y de la lucha misma, el público que se animaliza durante el encuentro. La concurrencia bebe, vocea, apuesta, discute con apasionamiento despiadado otros combates por el estilo. Resume Martí para dar fe de la comidilla probablemente nunca escuchada sino urdida en base a los informes periodísticos, ya que se rememoran acontecimientos sucedidos décadas atrás⁷:

⁷ Entre los boxeadores que menciona Martí en este fragmento figuran el irlandés John Morrissey, quien ganó el campeonato mundial en 1853, derrotando a "Yankee" Sullivan. Cinco años después, este personaje venció a John C. Heenan en la pelea brutal a que se refiere el escritor cubano y que tuvo algo de *vendetta* familiar, ya que los contendientes estaban emparentados y procedían de Troy, Nueva York. (*A Century of Major American Sports*, 165). Tras retirarse en 1858, Morrissey se relacionó con ese Tammany Hall presidido por el *Boss* William Marcy Tweed, tan censurado por Martí en diferentes escritos. En 1866, el ex-púgil resultó electo al Congreso de

Allí el hacer memoria de cómo en otros tiempos se libraban al vigor del puño las contiendas electorales de los neoyorkinos; cómo un McCoy mató en el circo a un Chris Lilly... Era allí el recordar entre sorbos de pócimas ardientes, que Morrisey dejó a Heenan por muerto; que cuando Jones peleó con McCoole recibió de él tal golpe en la frente que rodó al suelo, víctima de náuseas como con el cerebro desquiciado (VI, 132).

Lo peor, intuye el prosista, radica en que la degeneración fundada en el culto al boxeo deviene mal congénito, pues la irresponsabilidad periodística así lo garantiza. Según el hablante, "Lee el hijo, en el diario que trae a casa el padre, a qué ojo fue aquel golpe, y cuán bueno fue aquel otro ... y cómo se puede matar empujando gentilmente hacia atrás el rostro del enemigo, y dándole con la otra mano junto al cerebro, por el cuello" (VI, 130).

Toda esta crítica del deporte profesional en cuestión conlleva una función metafórica anticipada en el adverbio "aquí" con que principia el segundo trozo aludido.

los Estados Unidos, y en 1875, tras separarse del grupo de Tweed, ganó unas elecciones a la legislatura neoyorquina. Murió en 1878, antes de que terminara su período de gobierno (Riess, 20-21). Señalo estos datos para enfatizar el paralelo entre el boxeo y las estructuras de gobierno dentro de la ciudad de Nueva York, algo que aclara aún en mayor detalle Riess cuando apunta: "During the period 1870-1920 machine politicians became a dominant force in the sport. They either owned major indoor arenas or protected their owners, had the clout to pull off fights of dubious legality, and used their influence to secure the legalization of prize fighting" (172). ["Durante el período de 1870 a 1920, los políticos de la maquinaria neoyorkina llegaron a dominar el deporte. Eran propietarios de la mayor parte de las arenas cubiertas o protegían a sus dueños, podían organizar encuentros de dudosa legitimidad y se valían de su influencia para asegurar la legalidad del boxeo"]. Martí, por supuesto, conocía esta relación, lo cual justifica aún más nítidamente el papel metafórico que confiere al deporte de los puños.

En esencia, para Martí el boxeo ejemplifica una debilidad espiritual del pueblo anglosajón pues ilustra cierta aptitud medieval para resolver conflictos mediante el empleo de la fuerza bruta. Dicha tendencia se trasunta en la presentación de Ryan y Sullivan como campeones caballerescos cuyos colores simbolizan el orgullo de las poblaciones de que proceden: Troy y Boston. El pensador cubano precisa la índole ominosa de semejante lacra: "Es este pueblo como grande árbol", anuncia, para luego proclamar con frase sentenciosa: "tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos" (VI, 133). Es decir, como su admirado Emerson —quien declaró en "The American Scholar" que "the mind of this country, taught to aim at low objects, eats upon itself"⁸ (63)— Martí advierte la pervivencia en los Estados Unidos de un primitivismo impropio. Antes en el ensayo había hecho hincapié en la necesaria irreversibilidad de la evolución civilizadora del ser humano: "Los tiempos no son más que éstos: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre. ¿No hay horas de bestia en el ser humano, en que los dientes tienen necesidad de morder, y la garganta siente sed fatídica, y los ojos llamean, y los puños crispados buscan cuerpos donde caer? Enfrenar esta bestia, y sentar sobre ella un ángel, es la victoria humana". (VI, 130). En los Estados Unidos, la tolerancia del boxeo opera en contra de este desarrollo. Por tal motivo, todas las referencias al pugilismo a lo largo de las *Escenas norteamericanas* (y son muchas) están en función de agudizar la crítica, de recalcar el salvajismo inherente a dicho espectáculo.

En ocasiones, Martí se enfrenta con los deportes por medio de un planteamiento yuxtapositivo que le permite sobreponer virtudes espirituales a las físicas, como lo hace en su carta a *La Nación* del 29 de marzo de 1883.

⁸ "La mente de este país, habiendo aprendido a mirar hacia lo bajo, se alimenta de sí misma".

Allí el ensayista confronta dos sepelios, el concurridísimo del boxeador George Eliot, asesinado en una penitencia tabernaria, y el más modesto del poeta John Payne. El culto al pugilista caído promueve comentarios virulentos. Conforme a su particular estilo, forja apotegmas lapidarios para juzgar a la multitud: "¡Siempre al pie de los más hermosos árboles hicieron más honda cueva los gusanos!" (VIII, 274); "Quien vio gusanos en cuba tiene idea de aquella muchedumbre;" (VIII, 275). El personaje, por su parte, suscita el siguiente juicio: "Bribón mayor que Elliott no lo había en la cristiandad; pero de un golpe de puño sacaba a un hombre la vida del pecho" (VIII, 274). Por último, lo convierte en emblema de un espacio social pervertido en que la violencia y el crimen resultan tolerables. Alude entonces al caso de cierto joven recién ejecutado por haber dado muerte a un francés durante un robo fallido. Ello evoca una crítica de la pena capital: "¡Llaman justicia a esa que mata! ¡Justicia podría llamarse la que evita!.. El miedo del peligro futuro no apartará jamás a los hombres de la tentación de ceder al apetito presente" (VIII, 276). Al castigar de ese modo, el estado anglosajón se revela partícipe de la normativa sangrienta del hampa así como del código igualmente brutal que rige el boxeo.

Por contraste, el funeral de los restos del poeta romántico Payne, traídos a los Estados Unidos treinta y un años después de su fallecimiento en Túnez, donde se había desenvuelto como cónsul, provoca el elogioso ditirambo de quien se siente su hermano espiritual. Martí traduce parcialmente para los lectores de *La Nación* la tonada "Home, Sweet Home," que aparece en la pieza *Clare, The Maid of Milan* (1823). La encomia por su naturaleza popular: "La música del 'Dulce Hogar' vino de donde viene todo lo grande, memorable y duradero; de un aire de Sicilia, que el pueblo gorjea: vino del pueblo" (VIII, 275). Esboza con entusiasmo la vida del personaje. Resume los méritos y deficiencias de su pro-

ducción. Pero sobre todo le interesa contraponer su sepelio al del boxeador para acentuar que el reconocimiento de los creadores engrandece, mientras que disminuye el de esos atletas a quienes cabe denominar destructores profesionales. Escribe al comienzo de su esbozo: "Más solo iba el poeta que el pugilador, pero su gran cortejo es invisible. Es hermoso que una ciudad bursátil honre a un poeta" (VIII, 274). Finalizada la sinopsis, sentencia: "Bien hacen en traerlo a su pueblo propio: los huesos de los poetas dan virtud especial a la tierra que los cobija. Saber honrar a un poeta, es serlo. Y en la vida, el estro ha de estar al lado del martillo. Los pueblos han de cultivar a la vez el campo y la poesía. Si no, la vida hemipléjica ahoga al pueblo deforme, y el lado exuberante absorbe al pigmeico" (VIII, 276). El sentido de la yuxtaposición es clarividente: la poesía, el trabajo, la sensibilidad popular representan virtudes incontestables que se deben potenciar; el boxeo ejemplifica cualidades desgraciadas del ser humano y de los estados que lo toleran: urge denostarlo y prohibirlo.

Dentro de lo que puede denominarse "espacio de la violencia metafórica", Martí ubica otros dos deportes: el caminar maratónico y el fútbol-rugby norteamericano de índole interuniversitaria. Hay varias referencias al primero en las *Escenas norteamericanas*, pero la más elaborada se codea con "Una pelea de premio", remedando prácticamente su estructura. La carta, fechada en Nueva York, el 4 de marzo de 1882, y aparecida en el número de *La Opinión Nacional* correspondiente al 22 de marzo del mismo año, representa —por seguir precisamente al texto antes comentado— una especie de combinación retórica antideportiva. Su introducción, muy similar a la de "Una pelea de premio", evidencia a todas luces la actitud censoria del escritor:

Con más dificultad se abre paso el espíritu por entre las brumas húmedas de este mes de marzo, que lo espantan y

contristan y lo invitan, no a salir de sí, sino a reentrar en sí, que aquella con que, en este instante mismo, apretados los codos a ambos costados, cerrados los puños, jadeante la faz y llagados los pies, tajan el aire en una carrera los "caminadores", que en torneos por dinero, comparten con sus hazañas repugnantes, su faz marmórea, y sus ojos salidos de las órbitas, la admiración de un público enfermizo que ha aprendido a mirar sin dolor las lastimaduras de los pies, y las del alma. Un héroe es un bellaco, y un caminador es un héroe (VI, 136).

Como antes, el prolegómeno resume el contenido y el planteamiento impugnador de un texto que se cimenta en los motivos identificados con respecto al pugilismo. Los personajes que practican este deporte emblematizan "el retroceso del hombre al bruto" (VI, 136); sus cuidadores, quienes se ocupan de ellos como si de caballos se tratara, los explotan por el mero afán de lucro; el público que los observa e idolatra pone en evidencia una insensibilidad semejante a la de los que asisten a un *match* boxístico.

La degradación del espectáculo se intensifica por medio del paralelo que el ensayista traza entre los corredores de las olimpiadas griegas, quienes conservaban su belleza escultórica mientras avanzaban en pos de la gloria que luego cantarían los vates, y estos toscos caminadores que se desenvuelven en el ambiente infecto del Madison Square Garden, asediados por el humo azul del tabaco y los vahos repugnantes del whisky y la cerveza caliente⁹. Además, tales nuevos Fedípides no compiten por los nobles trofeos de antaño:

⁹ Estas referencias que hace Martí al deporte conocido en esa época como "pedestrianism" no resultan en exceso desproporcionadas. Con tales espectáculos inauguró William K. Vanderbilt el Madison Square Garden. En julio de 1879 se celebró la Astley Belt Series, cuyas características esboza así Riess: "The promoters were charged \$10,000 to rent MSG for the six-day spectacle, and they in

Ni son los premios de estos caminadores, como de los que (*sic*) se disputaban el premio de correr en aquellas fiestas, coronas de laurel verde y fragante, o ramillas de mirto florido. Sino que estos jayanes andan pesadamente, y dan vueltas al circo con una esponja en la mano y una toalla en la otra, y comen dando vueltas como perro famélico que huye con la presa entre los dientes, y se enlazan los pies, —y se hinchan el rostro, a punto tal que parece que estalla—, y se arrastran por la pista revuelta como jacos de posta, sudorosos y latigueados, —y ruedan por tierra, hinchadas las rodillas y tobillos, o caen inertes como resortes rotos o masas apagadas— por unos cuantos dineros (VI, 138).

Afirmándose en trozos como éste, José Bedia ha sostenido que Martí “se yergue en defensa del *amateurismo* y de la actitud leal en las lides” (9). En tal sentido, el discutir martiano, marcadamente agresivo, se hermana con el de Huizinga y Caillois, puesto que —como ellos— el pensador isleño parece sostener que el puro espíritu de juego se corrompe toda vez que el deporte se profesionaliza. El escritor holandés, por ejemplo, ha afirma-

turn charged fifty cents for admissions. As in all other arenas, the air inside was full of smoke, and on behalf of the long distance runners, smoking was forbidden on the ground floor” (204). [“A los promotores se les cobraba diez mil dólares por alquilar el Madison Square Garden por un espectáculo de seis días, y ellos, en cambio, cobraban las entradas a cincuenta centavos. Como ocurría en todas las otras arenas, el aire en el interior estaba lleno de humo y, para ayudar a los corredores de largas distancias, se prohibía fumar en el piso bajo”]. En cuanto al comportamiento del público, se especifica que “rowdy behavior was common even at the Garden for prize fights and pedestrianism, which until the 1920s attracted motley male-only crowds” (Riess, 207). [“El pésimo comportamiento durante los encuentros de box y las caminatas maratónicas era frecuente hasta en el Garden, donde hasta los veintes el público heterogéneo era exclusivamente masculino”]. Riess también alude pasajeramente al hecho de que la popularidad de estas competencias se fundamentaba en la posibilidad de apostar por los andadores (40).

do que "the spirit of the professional is no longer the true play-spirit; it is lacking in spontaneity and carelessness"¹⁰ (197). Luego, como Martí, va a buscar la antítesis precisamente en la antigüedad clásica: "The great competitions in archaic cultures had always formed part of the sacred festivals and were indispensable as health and happiness-bringing activities. This ritual tie has now been completely severed; sport has become profane, 'unholy' and has no organic connection whatever with the structure of society"¹¹ (197-198). Martí lleva un paso más allá este punto de concordancia para tornar nuevamente el deporte descrito en metáfora de cierta decadencia norteamericana. Lo consigue mediante otra antítesis hermosamente armada que anuncia en la introducción cuando enfatiza, sin señalar exactamente adónde se encamina: "Un héroe es un bellaco, y un caminador es un héroe" (VI, 136). Ya concluido el grotesco retrato de la competencia del Madison Square Garden, Martí enlaza sutilmente a los caminadores con un prohombre cuya estatua se levanta a poca distancia del coliseo. Se trata del monumento a Washington que el 22 de febrero de 1882, día de su centocincuentenario, "lucía ... raquílicas guirnaldas y menguadas coronas" (VI, 138). "Comienza a ser desventurado el pueblo que empieza a ser desagradecido" (VI, 139) dictamina el escritor, puntualizando de tal suerte que el flamante culto al caminador en menosprecio del patriota simboliza la decadencia y corrupción del gran país norteamericano.

Repetidas veces vuelve Martí sobre el tema de las caminatas maratónicas, competencias éstas, por demás,

¹⁰ "El espíritu del profesional ya no es el verdadero espíritu del juego; carece de la espontaneidad y la despreocupación".

¹¹ "Las grandes competencias de las culturas arcaicas siempre formaron parte de los festivales sagrados y eran indispensables como actividades que promovían la salud y la felicidad. Este vínculo ritual se ha cercenado; el deporte se ha convertido en algo profano, 'no sagrado' y ningún nexo lo une a la estructura de la sociedad".

que probablemente sí presenció. Ello se vislumbra en el modo de describirlas, en la familiaridad que tiene con los participantes, en la forma de pintar a las multitudes que acudían al Madison Square Garden. Su actitud crítica resulta invariable, manifestando otro interés que el del observador severo sólo en una oportunidad: cuando el caminador mexicano Guerrero liderea por cierto tiempo una carrera celebrada durante la primera decena de febrero de 1888. Entonces —al menos en apariencia— se acude de buen grado por prurito exclusivamente nacionalista: “¡Guerrero, Guerrero el mexicano va a la cabeza!” No bien lo pregonan en su alcance los vendedores de periódicos, *La Nación* —que ama a su sangre— sale a averiguar si es cierto que en una prueba de resistencia física ... vence ... a paso de indio como el gigante de botas, el mexicano Guerrero” (VII, 258). Pero el entusiasmo del Martí espectador dura poco. Recae obligatoriamente en la censura del espectáculo. El propio atleta a quien ha ido a contemplar se vuelve “venado” (VII, 259), animal poseído por “dos socios capitalistas” (VII, 261). Más que nada, es un héroe venido a menos que no puede parangonarse con Hércules, Hipómenes o Pan-Puk, el de las bodas de Hiawatha. El cuasi mexicano, como todos los demás participantes, encarna una figura grotesca dentro del Garden: “Guerrero es galán, aunque del Bowery, y tan celoso de su lindeza como de su velocidad; viste de cazadora de paño, polaina, y calzón corto: la cachucha es de *jockey*: con la rapidez del andar le flotan a la espalda las puntas del rico pañuelo de seda azul que para regalárselo se desató del cuello una admiradora” (VII, 258-59). Es un *dandy*, en fin, un símbolo de esa decadencia ambiental que hace al poeta abrocharse bien la levita (VII, 261) el último día de la competencia para impedir que los malos aires le pudran el corazón.

El naciente fútbol-rugby norteamericano, que se practicaba de manera aún bastante indefinida desde 1869

básicamente por estudiantes universitarios¹², es entretenimiento que también azora en más de una oportunidad al observador cubano. En una carta del 27 de noviembre de 1884 (fecha simbólica asociada dentro de Cuba con el martirologio de ocho alumnos de medicina, fusilados injustamente en La Habana por las autoridades españolas durante la primera guerra de independencia)¹³, Martí se espanta ante el espectáculo que contempla desde su casa. Escribe: "Debajo de mis ventanas pasa ahora, en una ambulancia, en trozos, unidos apenas por un resto de ánima, el capitán de uno de los bandos de jugadores de pelota de pies. Dicen que el juego ha sido cosa horrible" (VI, 282). Acto seguido, pasa a imaginarse lo nunca presenciado, el encuentro brutal sucedido en un teatro al cual enluteció la propia naturaleza. Presenta de este modo los albores del partido: "El cielo sombrío, como no queriendo ver. Los gigantes entrando en el circo, con la muerte en los ojos. Llevan el traje del juego: chaqueta de cañamazo, calzón corto, zapatilla de suela de goma: ¡todo estaba a los pocos momentos tinto en la sangre propia o en la ajena!" (VI, 282). Luego, dinámicamente, con la torpeza del desconocedor pero con la efectiva combatividad didáctica del maestro comprometido que se empeña en comunicar su mensaje, describe detalladamente los por-

¹² El primer partido de fútbol norteamericano tuvo lugar el 6 de noviembre de 1869. Participaron las universidades de Rutgers y Princeton, imponiéndose la primera por la anotación de 6 a 4 (*A Century*, 26).

¹³ Me refiero al hecho de que el 27 noviembre se conmemora el fusilamiento en 1871 de ocho estudiantes de medicina acusados de profanar la tumba del periodista español Gonzalo Castañón. El historiador británico Hugh Thomas considera este acontecimiento el acto represivo más cruel e injusto que cometió el régimen colonial durante la guerra independentista de 1868-1878 (259). Martí, tan consciente siempre de esta efemérides a la que consagró numerosas páginas, no puede haber pasado por alto la ironía de pormenorizar en semejante fecha batallas futbolísticas entre universitarios anglosajones.

menores del juego. Fundada tal vez en la descripción periodística de un encuentro cualquiera, tal vez en el haber presenciado alguno con ese pasmo que el deporte ocasiona en los neófitos, la lección estriba en escenificar confusa y peyorativamente todo cuanto sucede en el terreno imaginado:

Los de un bando se proponen entrar a puntapiés la bola en el campo hostil: y los de éste deben resistirlo, y volver la bola al campo vecino. Éste pega; aquél acude a impedir que la bola entre: otros se juntan a forzarla: otros acuden a rechazarla: uno se echa sobre la bola para impedir que entre en su campo: los diez, los veinte, todos los del juego, trenzados los miembros como los luchadores del circo, batallan a puño, a pie, a rodilla, a diente. Se asen por las quijadas: se oprimen las gargantas: se buscan las entrañas como para sacárselas del cuerpo; resuenan, como duelas de caja rota, los huesos de los pechos. Se patean, se cocean, se desgarran. Y cuando se apartan del montón, el infeliz capitán del Yale, caída la mandíbula, apretados los dientes, lívido y horrendo, se arrastra por la arena hecha lodo, como una foca herida (282).

Es inidentificable en realidad el deporte aquí introducido por Martí. ¿Se trata del rugby? ¿Del balompié? ¿Del fútbol-rugby norteamericano? Hay que inferir que se hace alusión a este último gracias a la época, a las universidades que se enfrentan, al nombre traducido que le otorga el autor cubano. Aunque es cierto que, en 1884, el deporte no había logrado la debida definición, para esa época se habían sistematizado elementos ausentes por entero de la descripción. Por ejemplo, ya en 1880 se había fijado que los equipos habían de consistir en once atletas, lo que desmiente esas cifras algo abstractas de diez, veinte, todos los del juego a que se refiere el escritor. Según se explica en *A Century of Major American Sports*, a finales de los 1870 "came the introduction of scrimmage downs instead of the rugby

scrum"¹⁴ mientras que en 1884 "the wedge appeared and interference (i.e. blocking) became a feature of the game"¹⁵ (27). Pero a Martí no le interesa el comunicar verazmente la índole de dicho deporte. Lo domina un afán reprobador incapaz de reconocer virtud alguna en éste, simple espectáculo violento, prueba de fuerza corrompedora de la juventud y negadora del intelecto. De esa suerte, refleja una realidad que dilata el cariz metafórico connatural a sus comentarios sobre el fútbol-rugby estadounidense. La truculencia que Martí advierte en ese entretenimiento fue extremándose a finales del siglo XIX y principios del XX. Theodore Roosevelt, admirador extremo de dicho deporte, se reunió no obstante en 1905 con los representantes de las llamadas "Big Three", o sea las universidades de Harvard, Princeton y Yale, para exigir que, con miras a la salvación de un juego cada vez más censurado, se instituyeran reglas capaces de limitar el salvajismo. Arguyó el presidente de los Estados Unidos: "Brutality and foul play should receive the same summary punishment given to a man who cheats at cards"¹⁶ (*A Century*, 28). Esta violencia

¹⁴ "Se introdujeron los *scrimmage downs* que reemplazaron al *scrum* del rugby". O sea, se impuso el sistema de que un equipo controlara el balón y tratara de adelantarlo en series de cuatro enfrentamientos, tras cada uno de los cuales se detenía el encuentro para que la ofensiva diseñara la jugada subsiguiente. Ello alteró el método de choque masivo que supone el *scrum* del rugby. Recuérdese que, en éste, los equipos se sitúan hombro contra hombro con los brazos entrelazados para disputarse la posesión del balón, que se coloca en el medio del círculo formado por los bandos opuestos.

¹⁵ "Apareció la formación en cuña y la interferencia (o sea, el bloqueo) se hizo parte intrínseca del juego". Es decir, los equipos comenzaron a utilizar la formación en cuña para hacer avanzar el balón hacia la meta contraria. Además, podían obstaculizar o bloquear con sus cuerpos a los contricantes que trataran de detener a quienes corrían con la pelota.

¹⁶ "La brutalidad y las jugadas ilegales deben castigarse con la misma severidad que se aplica al que hace trampas cuando juega a los naipes".

caracterizaba todo un espíritu generalizado entre la juventud pudiente del siglo XIX y principios del XX. Riess justifica de este modo la popularidad del fútbol-rugby:

Football ... fit in with the needs of upper- and upper-middle-class urban youth at a time when America was ripe for a violent and virile sport that stood for honorable values in stark contrast to the corruption, greed, and materialism of the Gilded Age. A manly game played by gentlemen, it represented the highest ideal of Theodore Roosevelt's Strenuous Life philosophy. Young men worried about their masculinity, threatened by their lack of physical fitness because of a sedentary life style, fearful of the overcivilizing effects of the feminization of culture, uncertain of their sexual potency, and concerned about their ability to measure up to their courageous fathers, uncles, and older brothers who had been tested in combat, turned to football to recover and reassert their own manhood... Most elite opinion makers in the late nineteenth century ... had great respect for the game, which epitomized social Darwinism and inculcated, in the words of Brahmin Charles K. Adams, president of the University of Wisconsin, "those characteristics that have made the Anglo-Saxon race pre-eminent in history"¹⁷ (55-56).

¹⁷ "El fútbol-rugby ... satisfacía las necesidades de la juventud urbana que pertenecía a la aristocracia y la alta clase media en una época en que los Estados Unidos de Norteamérica requería un deporte viril y violento, representativo de valores admirables que suponían un contraste marcado con la corrupción, la avaricia y el materialismo de la Edad Dorada. Juego masculino realizado por caballeros, emblematicaba el ideal más elevado de la filosofía de la Vida Ardua que predicaba Theodore Roosevelt. Hombres jóvenes preocupados por su virilidad, alarmados por la pésima condición física que les traía un estilo de vida sedentario, temerosos de los efectos demasiado civilizadores de una cultura cada vez más femenina, inseguros de su potencia sexual e inquietos ante la incapacidad de equipararse a sus valerosos padres, tíos y hermanos mayores que habían experimentado los rigores de la guerra, se entregaron al fútbol-rugby para recuperar y reafirmar su masculinidad... La mayor parte de los ideólogos elitistas que formaban la opinión pública a finales del si-

En su esbozo del partido entre Yale y Princeton, Martí subraya de manera lírica el carácter simbólico de un juego que vincula implícitamente al nuevo ser estadounidense. Casi a modo de preámbulo, el prosista cubano había discutido ciertas funciones teatrales y veladas literarias, intercalando en un momento la siguiente apreciación: "La raza autóctona se ha ido afinando y desapareciendo. De las invasoras que la acorralan y reemplazan, nace un americano carnudo y búfago. Paga, y pega. Para tres cosas tiene el puño: para acaparar, para dispendiar, para anonadar" (VI, 281). El deporte en cuestión sistematiza este espíritu del cual hay que protegerse y contra el que urge luchar, dentro y fuera de la nación anglosajona. Por eso, al finalizar la perorata y como en son de protesta contra el darwinismo antiespiritual, el ensayista abandona la arena circense para presentar el entretenimiento de quienes define como "la casta mejor, que mantiene en salvo la honra de la nación" (VI, 283): esos estudiantes y gente de pro que prefirieron el mismo día del encuentro ir a escuchar las charlas de los novelistas George Cable y Mark Twain. La carta-artículo concluye, entonces, con unas opiniones sagaces sobre el novelar de este último, quien representa una cara más halagüeña, menos agresiva, de ese país peligroso aficionado en exceso al "guerrismo" futbolístico.

Aparte de la crítica a actividades deportivas que Martí considera intolerables por el culto a la violencia, por el impacto nefasto que tienen lo mismo sobre el individuo que sobre la sociedad, se vislumbra en el escritor cubano una actitud intelectual afín al planteamiento racionalista que, según Ehrmann, caracteriza los clásicos tex-

glo XIX ... sentían gran respeto por el juego. Simbolizaba para ellos el darwinismo social e inculcaba, según las palabras del presidente de la Universidad de Wisconsin, Brahmin Charles K. Adams, 'esas características que han conferido preeminencia histórica a la raza anglosajona'".

tos de Huizinga y Caillois. Advierte el crítico en cuestión:

Although there are divergences between Huizinga and Caillois ... these appear secondary once we have observed that they are based on the same world-view, a fundamentally rationalist view according to which human activities relate, on the one hand, to dreams, gratuitousness, nobility, imagination, etc. and on the other to consciousness, utility, instinct, reality, etc.¹⁸ (32-33).

Para Martí, ese pensador utópicamente pragmático, ese "místico del deber", como lo apodara Félix Lizaso, la vida impone la necesidad de hacer, de laborar intensamente en pro del bienestar colectivo. Incluso el artefacto estético debe manifestarse útil, al menos en su afán de satisfacer el humano "anhelo de perfecta hermosura" (VIII, 140). Ya lo dice en su ensayo "Emerson": "¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios!" (VIII, 136). O de rendir culto a lo improductivo dedicándose al juego o al deporte, podría añadirse un tanto hiperbólicamente. De acuerdo con José Ballón, Martí hace suyos los siguientes planteamientos emersonianos: "(1) la concepción del trabajo como instrumento de liberación y autorrealización; (2) la afirmación de que los imperativos sociales pasan por encima de los personales e íntimos; (3) la concepción del servicio social como deber que se extiende al propio país, al continente y a la humanidad toda" (29). Se vuelve inevitable, por ende, atribuir al escritor cubano una estima cuasi religiosa de

¹⁸ "Aunque existen divergencias entre Huizinga y Caillois ... éstas parecen secundarias pues se fundamentan en la misma visión del mundo, en un punto de vista racionalista de acuerdo con el cual las actividades humanas se relacionan por una parte con los sueños, la espontaneidad, la nobleza, la imaginación, etc., y por la otra con el deber, la utilidad, el instinto, la realidad, etc."

la *seriedad* a secas, asumida como espacio y como principio primordial incontestable, en yuxtaposición de la cual hay que emplazar el espíritu del juego, siempre secundario a menos que se ejercite de manera provechosa.

La actitud susodicha crea una intransigencia antiatlética que lo lleva ya bien a censurar, ya bien a trivializar casi todos los otros deportes con los que se enfrenta en las *Escenas norteamericanas*. El badminton, los bolos, el *lawn tennis* se presentan como entretenimientos de señoritos o como frívolas actividades femeninas (VII, 153, 304, 307; VIII, 108). El ciclismo se asocia con un héroe vanidoso por haber recorrido el mundo (VII, 127-29; VII, 198)¹⁹ y con cincuenta ridículos pastores protestantes que deciden hacer una larga gira por el Canadá (VI, 347). El beisbol no sale mejor parado, pues se convierte en imagen de la incultura y el afán de lucro anglosajones. Señala en carta del 8 de agosto de 1887, redactada para *El Partido Liberal* mexicano:

¹⁹ La vuelta al mundo del ciclista Stevens, costeadá por el periódico neoyorkino *Outing*, lleva a Martí a redactar dos hermosos párrafos, cada uno diferente en su naturaleza e intención. El primero, marcadamente descriptivo e impregnado de exotismo modernista, se fundamenta en las *rarezas* confrontadas por el atleta. El segundo, hartó más mesurado, adquiere matizaciones sociopolíticas entresacadas de las historias de Stevens. En esencia, Martí comenta los efectos negativos del colonialismo practicado en China por la raza blanca, lo cual le sirve para establecer un paralelo con la realidad continental americana. Escribe: "Halló a los chinos desconfiados y silenciosos, como quienes han padecido gente extraña. Ellos, como nuestros indios, jamás dicen llanamente al extranjero lo que le falta de camino, ni cuál es su vía, ni qué tiempo le auguran. El blanco los estrujó en agraz: agraz es para ellos el blanco. Un miedo rencoroso inspiran sus respuestas. Da pena ver las razas espantadas" (VI, 128-29). La proeza de este Stevens orgulloso, a quien "la mocedad elegante festeja con banquetes" (VI, 129), la justiprecia Martí metafóricamente, personalizándola en forma lírica y expandiéndola en sentido político.

En el Este ... anda el gentío ... sin que en lugar alguno falte una asamblea, ya de clérigos protestantes ... ya de periodistas negros ... ya de bomberos ... ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces o tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos ... una edición extraordinaria (VII, 177-78).

En otra ocasión se pregunta cómo es posible que un pelotero gane cifras superiores a las percibidas por "un director de banco, o regente de universidad, o secretario de un departamento en Washington" (VIII, 312). Aprovecha la creciente atracción de ese deporte, cuya primera época de oro coincide con la década de 1880-90²⁰, para vituperar el materialismo arribista anglosajón:

La vida nacional es acá ruda, y puede en ella el interés más de lo que conviene, para la armonía de la dicha, a las

²⁰ Voigt señala que el auge del beisbol profesional durante la década de 1880-1890 se hizo posible debido a "the nation's booming economic and urban growth" (11) ["el formidable crecimiento económico y urbano de la nación"], mientras que Riess señala: "The 1880s were prosperous years for professional baseball. NL attendance and profits increased annually from 1882 to 1889. Between 1885 and 1889 alone, the league's teams earned about \$750,000 led by Chicago, whose profits averaged about 20 percent of its gross in those five years. By 1887 the Club already had \$100,000 in the bank" (196). ["Los (años de la década de) 1880 fueron años muy prósperos para el beisbol. Tanto las ganancias en general como la asistencia a los partidos de la Liga Nacional aumentaron anualmente entre 1882 y 1889. De 1885 a 1889 solamente, los equipos de la liga ganaron 750,000 mil dólares. Destacó entre ellos Chicago, cuyos beneficios promediaron un veinte por ciento del total en esos cinco años. Para 1887 el equipo contaba con una cuenta bancaria de 100,000 dólares".

dotes de humanidad y sentimiento, porque es hermoso y casi divino el hombre. En muchas universidades es más la pompa que la ciencia, y el pelotear que el leer, tanto que se ha dado el deshonor de que un mozo de prendas abandonase, ya al acabar, la abogacía, porque "como abogado, habiendo tantos, me espera mucha fatiga y poca paga; y de pelotero, como que nadie coge la pelota del aire mejor que yo, me dan diez mil pesos al año". Allegarse una fortuna es un deber, siempre que sea por medios lícitos; pero no es menos que crimen, sobre ser gran fealdad, este de apagarse con las propias manos la luz con que se viene al mundo, o que se debe al mundo. Cada hombre es un colaborador. El que pudo ser antorcha, y desciende a ser mandíbula, deserta (VIII, 38).

Para Martí, el beisbol —como toda actividad por el estilo— no rebasa el rango de simple pasatiempo. Consagrarse por entero a él, sobre todo para progresar económicamente, constituye una traición al género humano. Que en un país como los Estados Unidos sea posible ganarse la vida dedicándose a la pelota, al boxeo, al caminar maratónico, y que se admire desmedidamente a quienes triunfan en dichos empeños pone de manifiesto una repugnante disposición nacional característica de la *Gilded Age* y del espíritu del Destino Manifiesto²¹. Preocupado

²¹ Al enfrentarse metafóricamente con el beisbol, Martí no capta su esencia mítica dentro del contexto en que el deporte emerge. Riess reconoce la corrupta naturaleza comercial de la pelota desde sus principios. Afirma: "Owners were usually profit-oriented businessmen —typically professional politicians, friends or business allies of politicians, or traction magnates— just as involved in urban politics as other sports entrepreneurs" (194). ["Por lo regular, los dueños eran comerciantes interesados en su propio beneficio económico y tan apegados a la política urbana como otros empresarios de deportes. Solían ser políticos profesionales, amigos o compañeros de negocios de políticos, o magnates de empuje"]. En este sentido, el beisbol organizado puede relacionarse con ese desmesurado capitalismo a que alude el autor isleño. Sin embargo, Riess también puntualiza otras características del deporte que contribuyen a su creciente popularidad durante la época en cuestión. Dicho sociólogo

por el culto exorbitante al cuerpo, la fuerza, la victoria, la opulencia, que caracteriza el vigente afán imperialista de un "país de agresión y combate" (VII, 95), el escritor cubano explota la índole metafórica de los alardes físicos para sustanciar el sonido de alarma transparente a lo largo de las *Escenas norteamericanas*.

No obstante, en ciertas oportunidades Martí pondera el deporte o, cuando menos, manifiesta tolerancia hacia él. Suele hacerlo siempre que éste se convierta, como la gimnasia practicada individualmente, en arma útil para robustecer al ser humano, para ponerlo en condiciones de luchar por causas nobles o de refinar la capacidad intelectual según el trillado aforismo latino. En "El gimnasio en la casa" (*La América*, marzo de 1883), opina:

En estos tiempos de ansiedad de espíritu, urge fortalecer el cuerpo que ha de mantenerlo. En las ciudades, sobre todo, donde el aire es pesado y miasmático; el trabajo, excesivo; el placer, violento; y las causas de fatiga grandes,

arguye que "in the post-Civil War period baseball was a democratic sport which lacked social prestige, but the ideology of the sport fit in nicely with the bourgeoisie's prevailing value system as well as their social experiences. The baseball creed ... fully touched base with the beliefs, values, and social needs of middle America, reassuring old-stock folk that their traditional small-town values were still relevant to the increasingly impersonalized, bureaucratized, and urbanized society" (66). ["En el período posterior a la Guerra Civil, el beisbol era un deporte democrático carente de prestigio social, pero la ideología del deporte encajaba a perfección tanto con el sistema de valores imperantes entre la burguesía así como con sus experiencias sociales. El credo beisbolístico ... se ajustaba plenamente a las ideas, la ética y las necesidades sociales del estadounidense promedio, ya que garantizaba a la gente común que los valores de los pueblos pequeños tenían aún relevancia para una sociedad urbana cada vez más impersonal y burocrática"]. En ese sentido, el beisbol perpetúa un mito pastoril ingénitamente contrapuesto al voluntarismo capitalista y al expansionismo decimonónico. Tal vez por ese sustrato igualitario y evasivista se haya convertido en parte consustancial del mismo Caribe hispano que Martí procuraba precaver.

se necesita asegurar a los órganos del cuerpo, que todas esas causas empobrecen y lastiman, habitación holgada en un sistema muscular bien desenvuelto, nivelar el ejercicio de todas las facultades para que no ponga en riesgo la vida el ejercicio excesivo de una sola, y templar con un sistema saludable de circulación de la sangre, y con la distribución de la fuerza en el empleo de todos los órganos del cuerpo, el peligro de que toda ella se acumule, con el mucho pensar en el cerebro, y con el mucho sentir en el corazón, y den la muerte (X, 349).

En su carta a *La Nación* del 16 de octubre de 1887, Martí insiste en el motivo al elogiar un edificio atlético cuya construcción está a punto de empezar: "Los alemanes disponen extraordinarias ceremonias para celebrar el comienzo de las obras de su enorme gimnasio, que será como universidad de los músculos, donde éstos se fortalezcan con el ejercicio para soportar su salud los sacudimientos, agonías y anhelos del alma" (VII, 200). Diez días después vuelve de nuevo sobre el asunto, refiriéndose a la colocación de la primera piedra del centro deportivo donde "tendrán los alemanes de la ciudad todos los juegos físicos con que la docta raza germana ejercita el cuerpo para que el espíritu no lo arrebathe y trastorne, para que el pesar no lo desconsuele y abruma, para que la salud de la fibra le dé ejemplo y certeza la del alma" (VII, 208). O sea, Martí acepta la gimnasia por su finalidad práctica, por advertirla invariablemente relacionada con la salud mental y la pervivencia de una dinámica vida interior.

El prosista alaba además algunas actividades vinculadas estrictamente a la naturaleza, como la caza, la exploración, inclusive el exótico deporte de andar en raquetas sobre la nieve. Percibe en ellas cierta raigambre marcial, pues endurecen al hombre y lo enseñan a sobrevivir a la intemperie. Otras veces, Martí urde construcciones antitéticas de cariz simbólico en torno a pasatiempos específicos. Sobre la pesca, a que era asiduo

su admirado Grover Cleveland, escribe una página significativa en que la trucha capturada se torna, por prodigio imaginista, en bestia representativa del pecador político y del tirano. Poetiza:

Por eso sin duda interesa tanto la pesca al Presidente; porque pescar es combatir, es ver en la sombra, es conocer los misterios de la naturaleza, es adivinar los hábitos del enemigo oculto, es demostrar en la pelea con el animal que se es una bestia superior: por eso les lucen los ojos a los pescadores, y al Presidente le lucían, cuando sacaba con sus propias manos del cesto el pescado vencido; no éste ni aquél, que cayeron en lance común por engullirse la "mosca" de cebo donde va el anzuelo —y ha de ser lanzada a lo recto y con habilidad para que el mucho ruido no espante el pez— sino aquélla, la corpulenta, la de siete libras y ojos sanguinosos, con la que sostuvo un duelo de horas, porque primero le coleó la mosca en vez de echarse sobre ella, y luego, en cuanto sintió fría el agua y se encapotó el cielo, se acogió a su cama en lo hondo, hasta que por fin, aprovechando el pescador el romper del sol para echarle una "mosca" de forma nueva, salió a la luz el animal engañado, y se clavó el anzuelo en las mismas agallas; allí está, boquiabierta, desencajada y repulsiva: ¡así han de ser por dentro los que estrujan y oprimen al hombre, así como los pescados vencidos por su gula, son por fuera! (VII, 149-50)

Se soslaya en el fragmento cierto planteamiento dicotómico basado en el contraste entre lo bello y lo feo, entre lo positivo y lo negativo, semejante al que Ángel Rama analiza en el número XII de los *Versos sencillos*²². La

²² Pienso en el poema a continuación:

En el bote iba remando
por el lago seductor
con el sol que era oro puro
y en el alma más de un sol.
Y a mis pies vi de repente,
ofendido del hedor,

pesca se encomia no tanto por sus manidos atributos sino por ser entretenimiento en que se derrota a monstruosidades emblemáticas de defectos humanos.

En otra instancia, un planteamiento yuxtapositivo afín le vale a Martí para censurar la obsesión anglosajona con el boxeo, deporte ciudadano al que contrasta con otra actividad potencialmente violenta pero harto más meritoria. Por medio de un Boston corrompido por el pugilismo ejemplifica la decadencia nacional:

¡Boston mismo, con su *mayor* a la cabeza, ha subido a un estrado de púgiles, para ceñir al vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado a los ciudadanos de Boston diez mil pesos! ¡Este es el magnífico bruto que derriba a cuanto hombre sale al frente, que tiene a la cofradía pasmada por el empuje y peso de su puñetazo...! (VII, 178)

Pero hay norteamericanos, arguye Martí acto seguido, que se dedican a empeños atléticos mucho más admirables: son aquellos que, previniendo amenazas futuras, realizan arduos entrenamientos militares:

Más dignamente se entretienen, rodando los cañones que ellos mismos arman, quemando la pólvora que ellos mismos fabrican, atacando las trincheras que ellos mismos construyen, los que, unos por fe de ciudadano, por vanidad otros, otros por moda, forman aquí los regimientos de milicia. Esto está bien. El hombre debe dormir alguna vez al aire, desafiar la lluvia, manejar las armas que defende-

un pez muerto, un pez hediondo
en el bote remador. (XII, 40)

Rama comenta la simetría antitética de este texto en el acápite denominado "La objetiva edificación del sentido" de su estudio "Indagación de la ideología en la poesía (los dípticos seriados de *Ver-sos sencillos*)", 366-370.

rán mañana la tierra patria o el derecho, velar al pie de algo más que un mostrador o una ventana. ¡El único modo de librarse de ser soldado es serlo! (VII, 178)

El deporte es improductivo; la admiración del héroe deportivo resulta despreciable. El ser humano debe entregarse al cultivo del cuerpo sólo para fortalecerlo y adiestrarlo con el objeto de servir a la nación, de garantizar la libertad, de proteger el bienestar y la seguridad de los ciudadanos.

A veces, ciertos pasatiempos parecen agradar al escritor simplemente porque avivan su sensibilidad estética. Muestra entusiasmo ante las regatas de yates, competencias aristocráticas con las que simpatiza por cuanto tienen de hermosas. Se llena la boca de arpegios modernistas para describir el grandioso espectáculo de la Copa América de 1885 (VI, 362-63). La competencia entre la embarcación inglesa *Genesta* y el *Puritan* norteamericano resulta en trozos coloridos o dinámicos mediante los que se retrata con admirable economía el veloz singlar de ambas naves:

Sigue adelante la regata larga: unas veces saca ventaja de poca monta el americano; el inglés la saca otras, también de poca monta: ya van caídos sobre el mar y al frente, delgado como una hoja de cuchillo; ya tuercen viento, y regatean de lado; se acosan; el *Puritan* va atrás: ¿dónde tiene las espuelas que parece que le han cortado los ijares, y arremete sobre el mar, suelta la brida, el capitán al cuello, y alcanza, aborda, iguala al barco inglés, le saca la proa, le lleva ya toda la enorme vela, y dobla la flotante meta, que ostenta pabellón americano, con dos millas sobradas de ventaja? (VI, 362-63)

El movimiento inherente en esta escena se reúne con los múltiples tonos y sonidos circundantes para configurar una espléndida escena veraniega en la que predominan el azul, el blanco, el amarillo, el rojo, escandalosamente en-

riquecidos por las voces viriles de los navegantes, el jolgorio de las bellas espectadoras, la conversación locuaz de los interesados en los pormenores de la carrera. Se trata, en suma, de un cuadro impresionista tornado en fragmento teatral.

Por último, urge recalcar que, sobre todo, Martí aprecia el atletismo cuando acompaña o robustece el temple férreo del intelectual decidido, del *scholar* emersoniano si se quiere. Este es, en suma, el deportista supremo para el pensador isleño. Por eso elogia a hombres como el primer Blaine —ese estadista que tanto desencanto le produjera tras la muerte de Garfield—, el gimnasta de la palabra aguerrida y la expresión lúcida, maestro de la oratoria en un país donde “se debate como se boxea: en un circo y sin guantes” (VII, 94). O muestra admiración por Henry Ward Beecher, el orador antiesclavista que, en el seminario, menospreció el griego y el latín para destacarse en “los ejercicios corporales, en correr, en nadar, en luchar, en tirar la pelota” (VIII, 148). Supo domesticar esos fueros o, más bien, los llevó al terreno de la diplomacia para defender la causa unionista frente a reacios auditorios ingleses, en batallas que el escritor cubano denomina portentosas. “Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha” (VIII, 151), explica Martí con metáfora que resume la índole atlética del empeño. O recuerda con estima a Washington, Jefferson, Grant, jinetes y hombres de acción que sabían controlar el caballo desmandado cuando llegaba el instante de subir a la tribuna pública. O elogia a Roscoe Conkling, el de la figura “atlética y hermosa” (VIII, 236), el que “en boxear era un maestro” (VIII, 237), el que supo frenar sus ambiciones políticas para impedir que los corruptos seguidores de Blaine se apropiaran del poder ejecutivo.

En síntesis, al enfrentarse con el deporte en las *Escenas norteamericanas*, José Martí emprende una suerte de juego retórico contra el juego, o sea, exhibe un ludis-

mo dialéctico fundamentado en la metáfora, en concebir tales actividades como representativas de complejos conceptos o realidades. Este esquema imaginista incluye asimismo otro estrato, basado en el jugar con el juego para forjar transposiciones líricas de carácter modernista. Los deportes estadounidenses más populares (el beisbol, el fútbol-rugby, el boxeo, las caminatas maratónicas, el *lawn tennis*) se le presentan como entretenimientos esencialmente negativos, como formas de perder el tiempo que, en sus peores manifestaciones, corroen la vida espiritual de la nación. A nivel profesional, encarnan una perversión del puro espíritu del juego, ejemplificando de esa manera el cariz agresivamente imperialista y el aprecio desmesurado a la riqueza de un país amenazador contra cuyo voluntarismo incontrolable ha de prevenirse a esa América ibera para la que siempre escribe el prosista cubano. El recetario martiano da cabida menos odiosa a ciertos deportes, elucidando por medio de imágenes sus virtudes. Esta tolerancia se basa en los siguientes criterios: que el deporte se vincule estrechamente a la belleza; que el deporte ponga al ser humano en contacto con la naturaleza; que el deporte se practique para fortalecer a individuos excepcionales, quienes, sabiendo domeñarlo, empleen el vigor adquirido para enriquecer intelectual, política y espiritualmente a su patria, ya que, a la postre, es "el pensar en cosas altas y bellas [lo que] da elegancia al cuerpo y al rostro hermosura" (VIII, 60). A lo largo de sus *Escenas norteamericanas*, entonces, Martí se enfrenta con el juego formulando otro juego individual que, al estribar en una serie de normas autoconcebidas, le permite salir siempre victorioso del conflicto y ganarse la adhesión de los lectores-copartícipes. Estos caen en la trampa de interpretar los deportes definitorios de los Estados Unidos conforme a una cerrada secuencia metafórica. Dicha armazón no admite escapatoria gracias a su filiación centrípeta

con el *ilinx* envoltante, con el pasatiempo personalísimo y seductor que formula el ensayista con base en sus prejuicios, ideología e idiosincrasia.

JORGE FEBLES

Western Michigan University.

OBRAS CITADAS

- ALAZRAKI, JAIME, "Homo Sapiens vs. Homo Ludens en tres cuentos de Cortázar". *Revista Iberoamericana*, 339, 84-85 (julio-diciembre 1973), 611-624.
- The Associated Press Sports Staff, *A Century of Major American Sports*. New York, The Associated Press, 1975.
- BALLÓN, JOSÉ, *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*. Madrid, Editorial Pliegos, 1986.
- BEDIA, JOSÉ A., "Introducción" a *José Martí. Reflexiones sobre el deporte*. Selección y presentación de José A. Bedia. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1991, 9.
- CAILLOIS, ROGER, *Man, Play, and Games*. Trad. Meyer Barash. New York, Schocken Books, 1979.
- EHRMANN, JACQUES, "Homo Ludens Revisited". Trads. Cathy y Phil Lewis, en Jacques Ehrmann (ed.), *Games, Play, Literature*, número especial de *Yale French Studies*, 41 (1968), 31-57.
- EMERSON, RALPH WALDO, *The Selected Writings of Ralph Waldo Emerson*. New York, The Modern Library, 1950.
- FONER, PHILIP S. (ed.), *Inside the Monster by José Martí: Writings on the United States and American Imperialism*. Trad. Elinor Randall. Trads. adicionales de Luis A. Baralt, Juan de Onís, Roslyn Held Foner. New York, Monthly Review Press, 1975.
- HUIZINGA, JOHAN, *Homo Ludens: A Study of the Play Element in Culture*. Boston, The Beacon Press, 1955.
- MARTÍ, JOSÉ, *La gran enciclopedia martiana*, tomos VI-VIII; XII. Ed. Ramón Cernuda. Miami, Ediciones de Cultura Cubana, 1977.
- RAMA, ÁNGEL, "Indagación de la ideología en la poesía (los dípticos seriados de *Versos sencillos*)". *Revista Iberoamericana*, 46, 112-13 (julio-diciembre 1980), 366-70.
- RIESS, STEVEN A., *City Games: The Evolution of American Urban Society and the Rise of Sports*. Urbana, University of Illinois Press, 1989.
- SCHULMAN, IVAN A., *Símbolo y color en la obra de José Martí*. Madrid, Gredos, 1960.
- THOMAS, HUGH, *Cuba: The Pursuit of Freedom*. New York, Harper and Row, 1971.
- VOIGT, DAVID Q., "The History of Major League Baseball", en John Thorn and Pete Palmer with David Reuther, *Total Baseball*. New York, Warner Books, 1989, 7-53.